

## RESEÑA

Jesús GÓMEZ, *La literatura y el ocio en la sociedad cortesana del Siglo de Oro*, Ediciones Universidad de Salamanca (Estudios Filológicos, 350), Salamanca, 2021, 202 pp. ISBN: 9788413115702.

PEDRO RUIZ PÉREZ (Universidad de Córdoba-Grupo PASO)

DOI: <<https://doi.org/10.5565/rev/anuariolopedevega.503>>

**E**l valor del ocio en la sociedad occidental del momento, al menos mientras las crisis lo permitan, ha alcanzado una posición de centralidad desmesurada, con la disgregación de los ideales ilustrados y de su ética y su política del trabajo,<sup>1</sup> de una parte, y, de otra, su conversión en materia privilegiada de una industria de referencia en la última fase (por ahora) del capitalismo, en una identificación de tiempo libre y consumo. Entre un punto y otro, el pensamiento social ha atendido al desarrollo de este proceso, con la perspectiva histórica de Norbert Elias, las reivindicaciones más o menos paradójicas o irónicas de Thorstein Veblen, Paul Lafargue o Bertrand Russell y la denuncia de Guy Debord.<sup>2</sup> En otro campo, una similar perspectiva sociológica ha sostenido la condición inseparable del ocio, el nacimiento de la literatura moderna y los perfiles que esta fue adquiriendo en el período moderno, con una abundante bibliografía en los últimos años, desde perspectivas tan dispares como la cultura material, las polémicas literarias o las posiciones de campo.<sup>3</sup>

---

1. Elemento fundamental en esta revisión es la obra de M. Horkheimer y Th.W. Adorno, *Dialéctica de la Ilustración*, Trotta, Madrid, 1994, citado por el autor.

2. Véanse las referencias incluidas en la obra reseñada: N. Elias, *El proceso de la civilización*, FCE, México, 2009; N. Elias y E. Dunning, *Deporte y ocio en el proceso de civilización*, FCE, México, 1992; T. Veblen, *Teoría de la clase ociosa*, Alianza, Madrid, 2004; P. Lafargue, *El derecho a la pereza*, [www.eldamoneo.com/lafargue](http://www.eldamoneo.com/lafargue); B. Russell, *Elogio de la ociosidad*, [www.alcoberro.info](http://www.alcoberro.info); y G. Debord, *La sociedad del espectáculo*, M. Castellote, Madrid, 1976.

3. Véase, por ejemplo, E. García Santo-Tomás, ed., *Materia crítica. Formas de ocio y consumo en la cultura áurea*, Iberoamericana, Madrid, 2009; C. Strosetzki, *La literatura como profesión. En torno a la autoconcepción de la existencia erudita y literaria en el Siglo de Oro español*, Reichenberger,

En este cruce de perspectivas diversas se sitúa el ensayo de Jesús Gómez, apoyado en posiciones críticas como las señaladas, interesado en la elucidación de las relaciones entre literatura y ocio en nuestro periodo áureo y con una constante atención a la situación presente, lo que da en una incuestionable riqueza de sugerencias, apoyada en el estado de la cuestión y en los intereses de un lector menos especializado, pero al precio de una relativa renuncia a una necesaria sistematización y a un ahondamiento en las claves más particulares del problema en los siglos XVI y XVII.

El contenido del volumen se articula, del modo más adecuado para un panorama descriptivo, en seis capítulos. Su núcleo específico se concentra en los capítulos 3 a 5 (pp. 75-155), tras una introducción, «Los estudios sobre el ocio» (pp. 21-44), y entre los dos apartados en los que se concentra la tesis, primero con el desarrollo de la noción del «ocio laborioso», en el germen de la existencia literaria y su justificación, y, en posición conclusiva, las consideraciones que atañen a la situación actual, significativamente englobadas bajo el epígrafe «El fin del ocio literario» (pp. 157-174). Veamos su funcionamiento.

El capítulo inicial desarrolla las bases conceptuales de lo adelantado en la «Introducción», con el repaso de las aportaciones de las obras y autores que constituyen su fundamento, con especial detenimiento y aprovechamiento de Huizinga, Bajtin, Elias y Chartier;<sup>4</sup> menos citado es Bourdieu en la argumentación, pero el peso de su trabajo es grande, como muestra la reiterada referencia a Zola y sus posiciones, usadas por el sociólogo francés como referencia en sus estudios sobre la conformación del campo literario.<sup>5</sup> Y no faltan algunos de los trabajos que, sobre todo desde la academia alemana, se han acercado a la problemática del ocio en relación con la literatura (Albert, Strosetzki, Fajen y Gelz), como tampoco los estudios más recientes en el ámbito nacional. Del examen de la bibliografía previa surge el concepto central de la

---

Kassel, 1997; J. Montero y A. Sánchez Jiménez, eds., *Carrera literaria y representación autorial en la literatura del Siglo de Oro*, monográfico en *eHumanista*, 35 (2017); o Carlos M. Gutiérrez, *La espada, el rayo y la pluma. Quevedo y los campos literario y de poder*, Purdue University, West Lafayette, 2005.

4. J. Huizinga, *Homo ludens*, Alianza, Madrid, 1972; M. Bajtin, *La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento*, Alianza, Madrid, 1987; Elias, *El proceso de la civilización*, ya citada; y R. Chartier, *Libros, lecturas y lectores en la edad moderna*, Alianza, Madrid, 1994. De este autor cabría sumar a los títulos mencionados por Gómez *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVII: los orígenes culturales de la Revolución Francesa*, Gedisa, Barcelona, 1995; y *Entre poder y placer. Cultura escrita y literatura en la Edad Moderna*, Cátedra, Madrid, 2000.

5. P. Bourdieu, *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*, Anagrama, Barcelona, 1995.

obra, que se resume en que la conformación de la noción de ocio y su incidencia en la valoración y la marcha de la literatura no surge de la oposición al trabajo, sino a la ociosidad condenada como perniciosa. En este marco se introduce también la consideración del ocio cortesano, ligado a un interés por la sociedad y la cultura de corte que ocupan un amplio programa de investigación en el que se inscribe el autor; obviamente, es una materia de interés y un aspecto importante del tema estudiado, aunque hubiera resultado más productivo de haber ofrecido al lector una definición precisa (expresa o implícita) de tal concepto y de su referente, ya que en ocasiones parece referirse a una parte delimitada de la sociedad en estos siglos, mientras que con frecuencia el rótulo es usado para designar la totalidad del período; si en un sentido amplio esto puede ser válido, sobre todo en un trabajo de esta naturaleza es imprescindible atender a las importantes diferencias entre el campo de la corte (la regia o las correspondientes a núcleos en torno a un noble) y el que se articula en los entornos ciudadanos y un mercado librario y literario en auge. Estas distinciones, que marcan en su dinámica las distintas etapas distinguibles en un período tan amplio habrían sido de gran productividad para delimitar con más precisión los perfiles y trayectoria de un debate esencial en el reconocimiento y la dignificación de la literatura, que no enfrentaba los mismos problemas en el tiempo y el espacio vital de Juan del Encina que en los de Lope de Vega o los del último Calderón.

La parte dedicada al «ocio laborioso» (pp. 45-74) desarrolla por extenso la oposición entre las dos clases de ocio o, por mejor decir, la establecida entre la que se identifica, en su condición de ociosidad, con la pereza y la acedia, objetos de anatema religioso y moral (sobre todo cuando se localizaba en los estamentos más bajos) y la que se reivindica como un ocio útil, por su carácter laborioso y honesto. La indagación arqueológica en los orígenes clásicos (Cicerón y Séneca, en particular) y su actualización humanista iluminan el argumentario de los discursos de legitimación y ofrecen el modelo al que se acomodan algunas actitudes, pero es evidente que un cambio de tanta trascendencia y extensión no puede limitarse a la actualización de unas sentencias latinas, quedando aún un amplio camino por recorrer hasta esclarecer las causas de un componente esencial en la propia entidad moderna y los modos en que se desplegó, no sin conflicto y diversidad de estrategias, en un panorama de siglos, donde convivieron, se enfrentaron y se sucedieron distintos perfiles intelectuales, sociales y humanos, tan variados como los discursos y las prácticas literarias que generaron.

El tercer capítulo realiza un avance en este sentido y, como su título indica («El remedio literario de la ociosidad», pp. 75-105), entra en la conexión de esta noción emergente y el estatus que va adquiriendo la literatura. En este punto es determinante atender a la divergencia, no siempre resuelta en términos de complementariedad, que a partir del desarrollo de la imprenta y el mercado se establece entre el ocio del escritor y el del lector, ya que implican realidades muy dispares, sobre todo cuando para el segundo se considera la heterogeneidad derivada de los procesos de ampliación de sus perfiles por el incremento de los libros en circulación y de la lectura, manteniéndose para una recepción cada vez menos controlada las resistencias de orden moral y en menor medida político, que merecen más consideración. En esa línea sí se sitúa la inclusión en el capítulo de un breve epígrafe dedicado a las ficciones literarias (pp. 77-82), ya que estas representan (además de otro de los problemas de la legitimación de la literatura en el plano epistemológico y moral, como bien entendió Cervantes) otro de los caballos de batalla para las resistencias a la literatura, sin distinciones de esencia entre humanistas y moralistas cristianos; y es que no se consideraba lo mismo que una persona culta dejara volar su imaginación en un ejercicio de eutrapelia, de descanso entre trabajos más dignos, que el que lo hicieran las personas más iletradas, con singular prevención para el caso de las lectoras, como tronaba el *pacato Zabaleta* repetidamente citado en estas páginas. La consideración de los problemas de la ficción da pie a que el capítulo acoja un apartado dedicado al «ocio narrativo» (pp. 96-105), primera muestra del desglose por géneros ofrecido a continuación. Sin embargo, a diferencia del tratamiento dado a la lírica y el teatro, la prosa de ficción no cuenta con un capítulo propio. Las escasas páginas que lo abordan son insuficientes para atender al que, además de convertirse en el paradigma de la literatura moderna, ofrece un espacio más amplio para la consideración del problema tratado, en tanto que, acogiendo aspectos también presentes en las otras modalidades genéricas, incorpora la centralidad del problema. Siendo objeto de lectura individual o en pequeños grupos, como la lírica, conoce sucesos de “masificación” como el teatro, lo que permite a algunos de sus autores un grado de profesionalización similar al de los dramaturgos, en tanto por su carácter pragmático se vincula a un tiempo de ocio que no es el fragmentario del poema (acompañante en muchos casos de tareas, viajes o celebraciones) o el bien delimitado de la representación en el corral. Eso sí, al margen de ocasionales limitaciones, como el de la Junta de Reformatión de Olivares, sus auto-

res no se vieron obligados al ejercicio de justificación de su práctica, como poetas y escritores dramáticos; es más, tematizaron el asunto y lo convirtieron en base de su argumento en el subgénero dominante en el siglo XVIII, cuando es el ocio el que motiva que los personajes acudan a las narraciones que el lector consume como colecciones de novelas cortas para ocupar su ocio, no pocas veces legitimado por su ubicación en fiestas del calendario litúrgico, como las carnestolendas o la navidad. Jesús Gómez apunta algunas de estas circunstancias, pero se echa en falta un análisis más sistemático y un mayor ahondamiento en la cuestión.<sup>6</sup>

Algo similar ocurre en los dos capítulos siguientes, dedicados a los géneros poéticos y teatral. Una primera consideración atañe a su propia ordenación. El motivo podría hallarse en la voluntad de conectar con lo que de manera insistente se plantea como culminación y cierre de la dialéctica apuntada, la *Memoria de espectáculos y diversiones públicas* de Jovellanos, y acercar la consideración del teatro y de su tratamiento ilustrado, con su cronología y sus postulados a la situación de postmodernidad a la que se vuelve en el capítulo final. Sin entrar en la dimensión de ruptura histórica o discontinuidad ni en lo específico de un discurso político ilustrado, lo cierto es que la propuesta del asturiano deja de manifiesto la peculiaridad del hecho teatral, que tiene más de espectáculo y diversión que de hecho estrictamente literario, por lo que sus implicaciones en relación a los vínculos de ocio y literatura son muy reducidos o, en cualquier caso, acotados en un espacio muy determinado. Justamente esta peculiaridad cuando se inicia el teatro moderno (esto es, cuando sale de salones cortesanos, templos y aulas) es la que se convierte (sobre todo en la conciencia y la actitud de Lope) en la punta de lanza más determinante en el asentamiento de la literatura, por lo que habría sido de gran utilidad haber comenzado el análisis por las repercusiones derivadas del asentamiento de los corrales, la constitución de compañías estables, la conformación de un público y de unos hábitos culturales y, como consecuencia, la profesionalización del escritor, todo ello ligado a unos textos que combinaban argumentos y personajes de la ficción narrativa con un lenguaje ligado formal y tonalmente al de la lírica. Y la conocida controversia sobre la licitud de las comedias, aludida por Gómez, constituye por sí misma un repositorio de argumentos sobre el asunto tratado, enriquecido por la

---

6. Véase, por ejemplo, el enfoque de J.C. Rodríguez, *La literatura del pobre*, Comares, Granada, 1994.

coherencia que tiene dentro de su variedad y por desarrollarse en un período concreto, central en la cronología manejada por el volumen. Sin duda, un análisis detenido y una reflexión sobre las líneas de argumentación en el debate no solo habría iluminado los que de manera más larvada se desarrollaban en los otros géneros, sino que habría proporcionado claves ineludibles en el asentamiento de la literatura en su sentido más amplio sobre el hecho de la aparición de un novedoso tiempo libre, su concepción y su valoración.

Desde esa base se pueden abordar mejor los problemas específicos que afectan al estatuto de la lírica y su consideración, incluyendo los que llevan de las nociones de cortesanía y amateurismo hasta los primeros pasos de la profesionalización en este campo. Con buen criterio, el autor propone en el capítulo «El ocio poético» (pp. 107-133) la relación con factores tan decisivos como la composición del libro de poesía en cuanto innovador molde para la producción y la circulación de la poesía, la no menos trascendente (y estrechamente relacionada) materialización en la imprenta y su consiguiente repercusión en el mercado o la propia consideración del amor, con efectos que van desde su función en el paso del cancionero al poemario a la propia concepción de su naturaleza. Muy probablemente el estudio de estos aspectos y sus interrelaciones hubiera profundizado más si se hubiera planteado contra el telón de fondo de los movimientos de comercialización y masificación con mayores evidencias en el teatro y en la narrativa, por no hablar, en términos más específicamente literarios, de la deriva de los modelos amorosos caballerescos y cortesanos en los desarrollos argumentales de la comedia y la narrativa idealista. El repaso no exhaustivo por la aparición del término «ocio» en los títulos de volúmenes de poesía, que se sigue hasta Cadalso, se presenta como un síntoma de los cambios, aunque desde este foco el asunto merecería un análisis más detenido a partir de la toma en consideración de lo significativo de que el ocio tenga que seguir funcionando como elemento de descargo, lo que implica una persistencia de las acusaciones más o menos explícitas y, en particular, de una axiología en la que el principio horaciano del *utile* sigue siendo el principal valedor de la legitimidad de la escritura literaria. Y en esta escala de valores la lírica sigue ocupando el lugar menos favorecido, relegado precisamente a los «ocios de juventud».

Los hilos no acaban de integrarse en la trama por el diseño de un capítulo final (pp. 157-174) que debería haber hecho las veces de conclusiones. En su lugar, las preocupaciones de partida desplazan la centralidad del problema. Es incuestionable

que en una mirada historiográfica deben actuar la conciencia del presente que establece el interés de los problemas y un aparato conceptual; también lo es que deben hacerlo sin distorsionar, menos aún ocultar, el objeto de estudio. El rótulo del capítulo, «El fin del ocio literario» apunta con claridad al epígrafe y las consideraciones del apartado final, «El ocio de masas», que nos traen a un presente en el que la noción ha cambiado radicalmente respecto a la actuante en el siglo XVI, sin que por sí misma permita comprenderla. No se resuelve esta relación al traer de nuevo a primer plano la perspectiva programática en «La herencia cortesana», sobre todo por la mencionada falta de precisión conceptual acerca de la polisémica noción de «corte».

Similar problema de convergencia de significados afecta a la palabra «ocio», tanto en la diacronía (por el cambio en la realidad social) como en la sincronía, como pone de manifiesto la imperiosa necesidad de recurrir a los adjetivos (honesto, productivo, *cum litteris*, pernicioso...) o la multiplicación de fenómenos de sinonimia parcial con frecuentes resultados de confusión, como sucede en confluencia con fiesta o, en relación al texto de Jovellanos, espectáculos y diversiones, que solo son formas de llenar el ocio. La propuesta de oposición con «ociosidad» y su sentido negativo es básica y permite una adecuada consideración de la relación de ocio y literatura, pero no resuelve completamente el problema. Baste considerar los matices conceptuales e ideológicos activos en nociones como recreación y eutrapelia, en concretos discursos históricos, o la incidencia que la aparición, conceptualización y valoración del «tiempo libre» tiene en una economía y una sociedad que pasan del modelo de subsistencia y adscripción a la tierra del feudalismo a un creciente mercado y un incipiente estructura capitalista y sus nuevas relaciones de producción y consumo, de trabajo y descanso, y todo ello en estrecho entrelazamiento con conceptos y valores como el de privacidad e intimidad, tan vinculados a la lectura y el consumo literario frente a una sociedad de difusión mayoritariamente oral y colectiva.

En este punto resulta imprescindible distinguir entre las clases ociosas, alimentadas por caballeros sin guerras, rentistas y un clero en auge, y momentos de ocio que se hacen cada vez más extensivos, de modo que ya no es esa la polaridad que enfrenta a los estamentos, como supo explotar la doctrina del estado del bienestar en el siglo XX: cuando una parte creciente de la sociedad tiene acceso económico y cultural a la adquisición y consumo de un libro de poesía, ya no funciona como elemento de la distinción en que se basaba el edificio estamental y de su correspondiente poética clasicista, con todas sus implicaciones, tal como se manifiesta en el

proemio de Santillana. Y ello nos advierte sobre la necesidad de atender al sentido de clase en el establecimiento de discursos coetáneos sobre el ocio por parte de caballeros, nobleza curial, humanistas y avanzadas de la burguesía, incluyendo en ello la manipulación de la preceptiva religiosa. Lo ilustra perfectamente en el entorno de Trento (y sin entrar en la consideración de los efectos de la ética y la economía protestante en línea con lo analizado por Erich Fromm)<sup>7</sup> la beligerante oposición entre los modelos de la espiritualidad interior y las celebraciones litúrgicas, paralelas a las diferencias existentes entre una lírica cada vez más individual y las prácticas del corral o de los autos sacramentales; estos últimos son indiscutiblemente espectáculos y sirven de recreación, pero su identificación con el ocio es cuestionable o, cuando menos, matizable, hasta ser difícilmente aceptable cuando se trata de verdaderas obligaciones, como ocurre con la misa dominical, por más que se trate de un rito espectacular y corresponda al tiempo opuesto al del trabajo por el precepto derivado del *Génesis*. En esta vertiente habría que rastrear, en línea con la propuesta de Bernard Beugnot,<sup>8</sup> la inflexión que lleva de un sentido humanista del retiro, laico e intelectual, basado en Horacio y con el ideal de la *aurea mediocritas*, hasta posiciones extremas como la del quietismo, pasando por las formas barrocas de la soledad; y en ella el peso del estoicismo y neoestoicismo, con sus nociones de ataraxia y despojamiento, pero también su antítesis en un epicureísmo que, en su manifestación más simplificada, predica que «traten otros del gobierno y sus monarquías». La dualidad de posiciones filosóficas replica la contradicción del discurso judeocristiano, que parte del ideal de un paraíso marcado por la inactividad y una pérdida que conlleva la imagen del trabajo como una condena, al tiempo que se establece la pereza como un pecado capital, inevitable para el mantenimiento del sistema de rentas del clero (las manos muertas que los ilustrados pretenden incorporar al sistema público) alimentadas por el trabajo de los siervos.

La fábula de Marta y María que en los textos evangélicos da cuerpo narrativo a este problema es ilustrativa, pues de ella deriva la contraposición entre la vida activa y la contemplativa (entendiendo también por tal extender ungüentos en los pies del elegido), actualizada por el discurso humanista escindido entre el ideal del *homo faber* y el del retiro erudito, proyectado en una serie de polaridades que en-

7. E. Fromm, *El miedo a la libertad*, Paidós, Buenos Aires, 1957.

8. B. Beugnot, *Le discours de la retraite au XVII<sup>e</sup> siècle*, Presses Universitaires de France, París, 1996.



garzan modelo social y conceptos literarios: *sprezzatura* o descuido frente a esfuerzo y trabajo, *delectare* frente a *prodesse* o *natura* frente a *ars* y, con peso creciente, *studium* y hasta *officium*. Mientras los desplazamientos entre estos polos en el ámbito poético llevan de la presunta naturalidad garcilasiana a las propuestas del cultismo, en el plano socioeconómico, aun con los anatemas religiosos, se extiende la ética del beneficio y la meta del beneficio económico, de ganar dinero, también por parte de los escritores. En relación con la distinción entre la fiesta y el ocio (la misa contrarreformista no corresponde al sentido del ocio), no se puede llegar a una consideración integral de esta noción sin recuperar la fundamental distinción con el trabajo, la productividad y el beneficio o negocio, en un marco en el que encajar la paradójica relación entre los procesos de profesionalización del escritor (que deja de dedicar a esta práctica su tiempo de ocio, y de ella depende su subsistencia material) y de ampliación del ocio en los lectores (convertidos en consumidores en el mercado). Ello también abriría una vía para el seguimiento de la transformación en el modelo de las artes liberales, pues su distinción fundamental (las triviales frente a las del número) solo fue parcialmente neutralizada por los *studia humanitatis*, aflora en la ordenación universitaria y su sistema de facultades de utilidad a partir de un Arte con base en las letras, considerado ancilar, y acaba proyectándose con desmesura en el presente de capitalismo especulativo e industrialización del ocio.

Esta última reflexión, en la que se encadenan procesos del pasado al presente, ha de matizarse con las prevenciones acerca de las limitaciones que en casos determinados ofrecen las perspectivas de *longue durée*, que pueden amenazar con una neutralización de los matices conducente en casos extremos a una suerte de inmanentismo. El trabajo de Jesús Gómez no incurre en este extremo, pero se vería beneficiado por una articulación en el plano cronológico y en el conceptual paralela a la establecida para los géneros. En una noción como la del ocio, con tantas implicaciones que pudiéramos llamar «polisistémicas», se hace imprescindible atender a diferencias de estamento y posición social, de los modelos ideológicos que provienen de ellas y de una diacronía para la que resulta muy empobrecedora la neutralización (y connotación) de «Siglo de Oro», tan abarcadora y necesitada de precisión como la propia noción de «ocio». El planteado es un problema histórico-crítico de tanta importancia como complejidad y que requiere por ello de un proceso extenso y de perspectivas complementarias. Y ha de comenzarse por donde lo hace la obra de Jesús Gómez, que cumple un papel básico en la imprescindible primera fase de

dicho proceso; en ella incorpora una importante recopilación de materiales textuales, sobre todo en torno a la palabra «ocio», y formula en la oposición de este concepto al de «ociosidad» una perspectiva que no se puede obviar. Con ello se sientan bases para avanzar en la definición de un modelo conceptual para el análisis, en el que se combinen acercamientos a sincronías más delimitadas, distinciones de discursos ideológicos y enfoques sobre los pares que configuran el sistema de oposiciones del ocio, como son el trabajo, la profesionalización o el mercado, y de sus relaciones con la aparición del sujeto moderno, la individualidad o la intimidad, tanto en un escenario general como en lo que toca particularmente a la literatura. Ello permitiría iluminar, por ejemplo, las razones de un Lope orgulloso de su trabajo a destajo, de su apelación legitimadora al aplauso de un público ocioso y, en medio de todo ello, hasta la jactancia del dinero obtenido por su renuncia al ocio propio.